

encaramado sobre las cabezas de la multitud, gritando y viviendo la independencia de Argelia, en nombre de todo el pueblo. ¿Quién era? Me pareció que su rostro, su actitud, su camisa abierta en el pecho, su brazo empuñado lo había visto pasar infinidad de veces en Chile, con otro tipo racial, en medio de gente vestida de distinta manera y gritando en español, pero era igual, era el mismo pueblo, era la misma voz iracunda" (p. 129).

GUILLERMO ARAYA.

<https://doi.org/10.29393/At413-82SURS10082>

*Sobrino único, Las viejas amistades, Sueldo vital*, de CARLOS LEÓN. Editorial Zig-Zag. Santiago, 1966.

Los relatos de Carlos León son de corto vuelo y el autor, entendiéndolo así al parecer, los ha sintetizado de tal modo que sus obras completas ocupan sólo ciento setenta páginas. Con los títulos de *Sobrino único*, *Las viejas amistades* y *Sueldo vital*, el autor fija en aquellas páginas algunas experiencias de su vida, rasgos de costumbres y menudas etopeyas, procurando ante todo la fidelidad. En *Sueldo vital* podría señalarse además el ambiente, esto es, la pintura de una oficina en donde ciertos personajes influyen en la vida del narrador con la superficialidad propia de las relaciones sólo oficinescas.

Puede decirse intencionadamente que el autor ha buscado la fidelidad, porque en realidad otros aspectos propios de la creación novelesca le han tenido sin cuidado. El estilo, por ejemplo, sencillo, casto, apagado, sin relieve o con escasísimo relieve, corre como a la sordina. La verdad es que el autor se hace leer, pero no produce sorpresa alguna, sea por la pobreza del léxico, sea por la simplicidad de la composición. La fidelidad obra asimismo en la búsqueda de los personajes. El autor conoció seres minúsculos, anónimos, aplastados en el servicio de destinos mediocres, cuyos moderados apetitos se satisfacen con lo muy poco que les ofrece la existencia. Los contempla con simpatía, y nos invita a quererlos. Casi siempre lo consigue, porque a él mismo se le nota afectuoso con el ser humilde que le ha servido de modelo, ninguna de cuyas facciones ha querido embellecer.

Por todo esto llama vivamente la atención el estilo ditirámico, difícil, en todo esdrújulo, que emplea el prologuista de este libro, Claudio Solar, en unas páginas coruscantes, encumbradas, muy ajenas de la efectiva modestia que caracteriza a Carlos León. Quien tomara en serio ese prólogo podría esperar grandes revelaciones y estupendos hallazgos. La verdad es que Carlos León, en todo más recogido que su prologuista, es un honesto dibujante de interiores y de pequeñas emociones en lenguaje sencillo y descolorido.

R. S. C.